

LA TEMPESTAD



PERSONAJES

ANGELA.—MARGARITA.—UNA ALDEANA.—ROBERTO.—SIMÓN.—BELTRÁN.—MATEO.—EL JUEZ.—EL PROCURADOR.—UN PESCADOR.—MARINERO 1.º—IDEM 2.º

Mujeres del pueblo, marineros y pescadores.

La acción pasa en un pueblo de la Bretaña en los años primeros del siglo XIX

Acto primero

DECORACIÓN: *Sala baja de la hostería de Simón.*—Llueve. Se oyen truenos y viento huracanado. La luz de los relámpagos se refleja en los cristales de la galería. Las mujeres y niños lloran ante la Virgen arrodillados, y, sobre las rocas de la playa, unos marineros tiran de un largo cable. Roberto es victoreado y aplaudido por su abnegación; salva á Beltrán luchando con la tempestad. Llegan el señor Juez y el Procurador

Margarita ordena á Mateo, criado, les sirva bebida.

El señor Juez noticia á Margarita la probabilidad de pasar las vacaciones con su familia en el pueblo, salvo el caso de que le llamen antes los deberes de su profesión. Margarita recuerda la consternación de los vecinos con motivo de la ejecución pasada y lo afectado que se halla el señor Simón, su amo. El señor Juez dice está satisfecho, y añade está impune otro crimen bastante cruel, del que le hablaron, cometido hace veinte años. Conmueve el ánimo de los buenos al escuchar su relato; yo le oí al señor Cura: Hará unos veinte años llegó á este pueblo un comerciante de regreso de la feria de Plaermel y alojóse en esta misma hostería; según los que le vieron, llevaba bastante dinero ganado en la feria, donde vendió todas sus mercaderías, y pensaba embarcarse para Gascuña, su país natal. La esposa se le murió en el viaje, é iba acompañado tan solo de una pequeña; pasó aquí el día hasta el amanecer, que se desató una tempestad más grande que la de hoy. El barco que debía trasladar al comerciante salía aquella noche, y él, deseoso sin duda de aguardar á bordo el momento de marchar, así que serenase el tiempo, salió de aquí con la niña tan pronto como anocheció, resguardándola de la lluvia y llevando su maletín con el dinero. A la mañana siguiente los primeros que llegaron á la playa le hallaron asesinado, con cinco puñaladas en el pecho; á su lado la hija de su corazón dormía, el maletín no existía, y si señales de haberle registrado las ropas del cadáver para el despojo. Rastro, pruebas ó pista donde la justicia pudiera hallar medio de satisfacción, no se halló, sino un cuchillo que pertenecía á un joven del pueblo, huérfano de padre y vago de oficio, y que embarcó aquella noche en busca de fortuna para las Indias y al que se acusó del crimen, y solo al no haber dado con él, se debe él que no haya sido ejecutado en garrote. Este es Beltrán, el rico indiano, que ha llegado en el bergantín que naufragó y ha sido salvado por Roberto, novio de Angela, y se halla enfermo, asistido por la hija del asesinado y ahijada de Simón, dueño de la hostería, y el efectivo asesino, que con lo robado al pa-

dre de Angela ha ido subiendo en sociedad bien visto de todos y respetado como uno de tantos cientos caballeros que viven sin que les molestasen las sombras de sus victimas de esta sociedad ignorante ó pícara que todo lo mira y ve según el color del cristal por las apariencias. Llega el señor Simón. Da orden de no cobrar los gastos de hospedaje al señor Juez. Todos se retiran. Simón baja y canta los remordimientos de su crimen:

Simón. La lluvia ha cesado, aléjase el trueno;
el cielo nublado se torna sereno.
Pasó la tormenta y la mar está en calma.
¿Por qué tan violenta se agita mi alma?
¿Por qué, por qué, ¡ay de mí!
eternamente ruge la tempestad aquí?
La luz de los relámpagos que rápida fulgura

(Se lleva la mano al corazón)

con resplandor fatídico me llena de pavora,
y escucho de la víctima los ayes exhalar
del aire entre las ráfagas que gimen al pasar.
Hirviente se alza indómito el mar embravecido,
suspense deja el ánimo su aterrador rugido.
Y el cielo derrumbándose me dice desde allí
que Dios su justa cólera desata contra mí.
Ya el trueno apagado más lejos resuena;
el viento ha callado, la mar se serena.
Volvió la alegría, renace la calma,
le mismo que el día serénase el alma.
¿Por qué, por qué temblar
si el cielo está sin nubes, azul está la mar? *(Se va.)*

Llega Roberto, y aprovechando la ocasión de haberse ido Simón, habla amorosamente con Angela y cantan el siguiente dúo:

Roberto. Angela mía, mi dulce encanto.

Angela. ¿Por qué, Roberto, te quiero tanto?

Roberto. ¡Tú eres mi vida!

- Angela. ¡Tú mi tesoro!
- Roberto. ¡Cuánto te quiero!
- Angela. ¡Cuánto te adoro!
- Roberto. Tú no me quieres como yo á ti.
- Angela. ¡Ay! Demasiado sabes que sí.
- Roberto. ¡Por Dios, no venga el viejo!
- Roberto. No viene, no;
y si viene le digo que te quiero, y se acabó—
¿Cuándo dulce paloma, llegará el día
en que pueda llamarte esposa mía?
- Angela. ¿Cuándo será el momento tan venturoso
en que pueda llamarte querido esposo?
- Roberto. Porque ello al cabo hemos de ser:
Yo tu marido, tú mi mujer.
- Angela. Pues si ello tiene que suceder,
que sea lo antes que pueda ser.
- Los dos. Cuando eso llegue á suceder,
¡oh, qué dichosos podremos ser!

Wals.

- Angela. Cuando en las noches del Estío
azul y blanca esté la mar,
juntos iremos, dueño mío,
á navegar,
Allí en alegrés barcarolas
cantar podremos nuestro amor
entre el arrullo de las olas
halagador.
- Roberto. ¡Con cuánto afán que llegue ansío
el dulce instante en que cruzar
preso en tus brazos, dueño mío,
la verde mar.
Yo escucharé tus barcarolas,
alegra cántico de amor,
entre el arrullo de las olas
murmurador.
- Angela. Solos en medio del ancho mar,
qué dulces noches se pasarán.

Roberto. Cuando te lleve sobre la mar
¡oh, qué orgullosa mi barca irá!
Tú con un remo, con otro yo,
así abrazados bogar los dos.

La coge con el brazo derecho por la cintura; con la mano izquierda imita remar; lo mismo hace con él Angela. Simón los sorprende, y, enfurecido, injuria á Roberto diciendo que quiere á Angela por gozar de los dineros con que la dota él. Roberto resuelve marcharse á la India para trabajar, volver rico y casarse con Angela. Llega Beltrán regocijado por haberse salvado al fin y pisar la tierra que le vió nacer, y canta la siguiente romanza:

Beltrán. Salve, costa de Bretaña donde nací;
hoy dejando tierra extraña llevo hasta tí;
salve, asilo venturoso de mi niñez,
anhelando tu reposo vuelvo otra vez.
De tí muy lejos hallé la suerte,
mas siempre ansiaba volver á verte.
Y cuando ingrata fuiste conmigo,
costa querida, yo te bendigo;
que hoy al posar de nuevo mi pié sobre tí,
la juventud parece volver á mí.

Escuchando el rumor de ese mar,
que amoroso mi cuna meció,
siento dulces del alma brotar
los recuerdos que avara guardó
de aquel tiempo que rápido fué
y llevó la ilusión tras de sí;
el encanto de nuevo hallaré
recordando las horas aquí.

Acto segundo

DECORACIÓN: *Exterior de la hostería de Simón.*—Grupos de pescadores y marineros con trajes de fiesta cantan á su ahijada, Angela, la siguiente alborada:

- Coro. Despierta, niña, despierta,
que el día avanzando va
y la amistad á tu puerta
alegre llamando está.
Abre ya tu ventana, mira el cielo azul
que pintó la mañana con hermosa luz;
que la niña que duerme
cuando nace el sol,
de seguro está enferma ó no tiene amor.
Ligera salta del lecho
y de él despidete ya,
que para dos harto estrecho
desde esta noche será. (Sale Mateo.)
- Mateo. Tengan buenos días.
- Coro. Hola, Mateo.
- Mateo. La novia os agradece vuestro deseo;
mas hoy que la despierten no necesita
que no pegó los ojos la pobrecita,
y es natural,
que en víspera de boda se duerma mal.
- Coro. ¿Y es cierto lo que dicen de que el padrino
con una gran fortuna de la India vino?
- Mateo. No lo dudéis;
oid un solo instante y juzgaréis.
Ha comprado veinte casas,
las mejores del lugar,
donde quiere, según cuentan,
un palacio edificar,
y para ir á pasearse
por la mar á su placer,

- un navío de tres puentes
dicen que ha mandado hacer.
Coro. Eso no puede ser.
Mateo. Pues sí que puede ser;
y en fin, después de todo
ya lo hemos de ver.
Guarda en onzas mejicanas
un inmenso capital,
y pepitas de oro puro
de más peso que un quintal;
piedras finas, no digamos,
pues las tiene en un montón,
y entre ellas hay un diamante
del tamaño de un melón.
Coro. ¿No habrá exageración?
Mateo. No hay exageración.
Os digo que el indiano trae un fortunón.

Después dice le ha prometido dotar á él también; habla mal de Simón, su amo, y se va á servir á los recién casados con doble salario. Llega Beltrán y solicita de Simón asista á la boda; éste se niega al principio; luego cede. Llegan pescadores y mujeres acompañando á Roberto y Angela. Cantan:

- Hombres. En busca de su novia, que ya le espera,
el novio engalanado contento llega.
Mujeres. En busca de su novio que ya le aguarda,
aquí sale la novia engalanada.
Roberto. ¡Angela mía!
Angela. ¡Roberto amado; mi buen padrino!
Beltrán. Que os guarde Dios.
R. y A. Ya llegó el día tan deseado.
Beltrán. Que eterno sea para los dos.
Coro. Según vieja costumbre del pueblo bretón,
antes que os eche el cura la bendición,
de todos los amigos debéis escuchar
consejos saludables que os quieren dar.
R. y A. Podéis empezar,
que ya estamos dispuestos para escuchar.

Las mujeres rodean á Roberto y los hombres á Angela, dirigiéndose ellas al novio y ellos á la novia, aconsejándoles la manera de conducirse en el matrimonio.

- Mujeres. Con su mujer muy complaciente todo marido debe ser.
- Hombres. Debe la esposa humildemente á su marido obedecer.
- Mujeres. Si hay discusión, porque no siga, él es quien tiene que callar.
- Hombres. Diga el marido lo que diga, ella no debe replicar.
- Mujeres. Debe el marido cariñoso ser á su esposa siempre fiel.
- Hombres. Y ella vivir para su esposo y estar siempre pensando en él.
- Mujeres. Junto á su esposa, todo el día, un buen marido debe estar.
- Hombres. Y si el marido se extravía mucha prudencia y aguantar.
- Todos. Novios felices, ya lo sabéis, el cielo os premie si así lo hacéis.
- Roberto. Vuestros consejos no olvidaré y haré la dicha de mi mujer.
- Coro. Mete en un puño á tu marido.
Ten bien sujeta á tu mujer.
Ojo con ella; tú, ten cuidado.
Tú, no fies, ojo con él.

Beltrán les convida y victorean á los novios. Manifiesta Angela tristeza porque Simón, su protector, no está conforme con la boda; el padrino le regala, en nombre del novio, un collar. Sale el Juez de la hostería; todos se empeñan en que cante Simón, éste se niega, y al fin canta la inoportuna canción que á todos disgusta:

- Simón. Din, don, din, dau.
Alegres las campanas repica el sacristán.
Din, don, din, dau.

La novia es una perla, el novio muy galán.
El cura los bendice colmando así su afán.

Din, don, din, dan.

Ya salen de la iglesia, qué alegres todos van.

Din, don, din, dan.

Los dos recién casados, huyendo de la gente,
dirigense á la mar. La pálida neblina
envuelve poderosa la nave donde van.

De pronto el mar sereno desátase iracundo,
y el viento se vé oír; y á un golpe de las olas
la novia arrebatada desaparece allí;
tras ella audaz el novio se lanza al mar bravío,
¡al fondo juntos van! Allí los dos se estrechan.
¡Qué triste es el abrazo primero que se dan!

Din, don, din, dan.

Mañana las campanas por ellos doblarán.

Din, don, din, dan.

Sus cuerpos á la arena las olas echarán.

Todos pierden la alegría poco á poco, según van oyendo la canción de Simón, hasta ponerse sombríos y cabizbajos. Mateo gimotea y Simón ríe. Se oye la gaita y tamboril; todos se van á la plaza, quedándose solos Simón y Beltrán y en el acto, Beltrán añade que Simón no gusta de las alegrías ajenas; éste dice que eso lo dice por referencias, y Beltrán, que lo conoce bien, le explica cómo es el vago de hace veinte años, el que la justicia sentenció á muerte por el asesinato del comerciante, lo que ignora Beltrán, que marchó á las Indias en busca de fortuna, hasta la presente ocasión, en que le pregunta por su nombre. Simón, desde que ha oído le conocía está intranquilo, no sabe nadie es Claudio Beltrán. Simón lo delata al Juez como que es el asesino que se busca hace veinte años, y Beltrán, inocente, es preso para responder del crimen cometido por Simón en medio de la sensación de todos. Protesta de su inocencia en el siguiente concertante:

Beltrán. X

Tú, Señor, que la inocencia
ves brillar desde la altura,

sabes bien que en tu presencia
puedo alzar mi frente pura.
De mi nombre envilecido
salva el honor,
y haz que vea confundido
al infame acusador.
Victima fui del impostor,
yo espere en Ti piedad, Señor.
Simón. Tiemblo y dudo en su presencia,
al mirar su desventura,
agitada la conciencia
implacable me tortura.
De mi pecho estremecido
huye el valor,
y aterrado y confundido
soy mi propio acusador
Nunca sufrí tanto dolor.
Piedad de mí, piedad, Señor.
R. y A. El temor de la evidencia
llena el pecho de amargura.
¡Quiera Dios que la inocencia
vuelva á todos la ventura!
¡Ah! ¿Por qué, por qué has nacido,
sueño de amor,
para verte sumergido
en los mares del dolor?
¡Triste de mí, cuánto rigor!
¡Yo espero en tí, piedad, Señor!
Coro. Es extraña su imprudencia
de venir á la ventura
donde existe una sentencia
que la muerte le asegura.
Si del crimen cometido es el autor,
no se explica que atrevido
se presente sin temor.
Yo nunca vi tanto dolor;
él es aquí su delator.
Bel. (Al Juez) Vos sois de la justicia
representante aquí,
vos mismo mi inocencia

proclamaréis al fin.
Si la justicia humana
hoy ciega, torpe erró,
tranquilo y resignado,
confió en la de Dios.

Simón. (¡Qué horrible es el tormento!
Porque pensando estoy

un medio de salvarle. ¡Inspirarme Señor!

R. y A. Al verle tan sereno se ensancha el corazón,
si acaso es inocente, ¡Inspirame, Señor!

Juez. (Al criminal impune que así la ley burló,
severa la justicia aplique su rigor.)

Coro. (Jamás el que villano un crimen cometió
rechaza tan altivo la horrible acusación.)



Acto tercero

DECORACIÓN: *Antesala del Tribunal de justicia.* — Todos van á ver pasar por ella al inocente Beltrán. Cantan:

- Coro. Esa es la puerta del Tribunal,
por aquí el reo ha de pasar;
hasta que llegue no dejarán
que los curiosos entren allá.
Pero ¡silencio! que ahí viene ya.
¡Qué triste el desdichado y qué abatido está!
¡Dios haga que inocente le juzgue el Tribunal!
- Homb. Entremos á la Audiencia,
que el juicio va á empezar,
y el fallo inapelable
muy pronto dictarán.
Vamos allá. (*Entran*)
- Mujeres. Nosotras, ¿qué hacemos?
- Otras. Yo dudo si entrar
porque á mi estas cosas me impresionan mal,
y entrando, tengo la seguridad
de que por la noche lo he de recordar.
En cuanto me acuesto, sueño con fantasmas,
unos que me roban, otros que me matan;
mi alcoba se llena de negras lechuzas,
y vienen los duendes, y salen las brujas;
y aquí me pellizcan, y allí me atenazan;
y ¡plum! de repente se vuelca la cama,
y siento unas cosas, ¡ay, Jesús, qué horror!
que me pongo primero muy mala y luego peor.
Por ver yo curiosa al guillotinado,
así viva un siglo no podré olvidarlo;
recuerdo su cara, sus ojos recuerdo,
sus barbas, sus dientes, su voz y sus gestos,
y de haberle visto tuve varias noches
una pesadilla de las más atroces;

pues soñé que el reo, y ¡ay, qué atrocidad!
me venía á tirar de las piernas en la obscuridad.
Mas al fin y al cabo nos lo han de contar,
casi creo preferible entrar.

Todas entran. Mateo duda de la culpabilidad, lo mismo Roberto, y se lamenta de que no se salvará por las pruebas del cuchillo que todos reconocieron era de Beltrán, que se lo dejó olvidado en la hostería de Simón, aprovechándolo éste para cometer el crimen y teniendo la astucia de dejarlo junto al cadáver. Mateo añade ha pensado también que desde el instante de ser preso, la justicia ó la curia se apoderó de cuanto Beltrán tenía, como acostumbra, y lo que esta gente agarra nunca ó tarde lo suelta, y de soltarlo, no todo, si no poco y tarde; de suerte, que hoy por hoy, ese infeliz es más miserable que cualquiera de nosotros, y sin embargo de esto y de no esperar recompensa alguna, si hoy como se dice le condenan á muerte, yo estoy dispuesto á salvarle. Confía á Roberto este secreto, añadiendo que acariiciando esta idea ha entrado de nuevo al servicio del señor Simón y conoce todas las andadas de la casa, y haber hallado una llave que viene bien á la puerta de la alcoba del señor Simón, el cual se encierra para dormir. Que allí hay una puerta que conduce á la prisión de Beltrán, la que abrirá una vez que Simón se duerma y dará salida al preso, que Roberto en su barquilla llevará á Inglaterra. Llegan Roberto y Angela; ésta canta:

Con él mi esperanza temblando espero aquí,
¡sabe Dios si volverá, triste de mí!
Inquieta el alma mía y llena de amargura,
las horas de ventura recuerdo en mi aflicción.
Ayer todo alegría, hoy luto, llanto y duelo,
¡qué horrible desconsuelo nubla mi corazón!
Mil esperanzas seductoras ayer risueñas recibí,
horas de paz, benditas horas
cuán breves fueron para mí.
Llorando el bien perdido y en sombras inundada
y el alma perturbada por loca agitación,

anhelo del olvido la fuente hallar tranquila,
mas ya su fé vacila y pierde la razón
Dardo cruel, punzante duda
el pecho hiere sin piedad; celeste luz,
ven en mi ayuda. Brilla por fin.

Llega Roberto; por su desaliento sabe Angela sin hablar éste, cómo Beltrán ha sido condenado á muerte y cae presa de emoción en brazos de su amante. El bondadoso Mateo se despide triste de Roberto, va á poner en práctica su proyecto de salvar á Beltrán. Cantan:

R. Valor, Angela mía. || A. El ánimo perdí. || R. Ya sale.
Beltrán. Detenéos, no huyáis, no huyáis de mí,

y por caridad al menos tenedme compasión,
y oíd de un desdichado la triste confesión.

Angela. ¿Por qué al oír su acento mi débil corazón,
aún siento por ese hombre afecto y compasión?

Rob. Al escuchar su acento leal mi corazón,
de su inocencia adquiere profunda convicción.

Beltrán. Al borde del sepulcro ni el más villano miente,
yo moriré mañana, mas moriré inocente.

Que por perjurio sufra las penas del infierno,
que mi alma se condene al padecer eterno,
y que al tocar mi vida su término fatal,
de Dios maldito sea si he sido criminal.

Rob. Callad, callad.

Angela. Su voz tiene el acento de la verdad.

Beltrán. El juicio de los hombres me declaró culpado;
yo acato su sentencia, sumiso y resignado,
que al ser por suerte mía creyente verdadero,
de un juez que siempre es justo
la absolución espero,

y si el tremendo fallo mi nombre deshonoró,
júzguenme infame todos; pero vosotros, no.

Angela. Nosotros, no.

Beltrán. La negra duda impia del alma huyó,
y al cabo el alma mía consuelo halló.
Morir puedo ya, mi adiós postrero
tranquillo os daré partiendo de aquí.

Morir puedo ya, que al fin cuando muera
vosotros quedáis llorando por mí.

R. y A. (No quiero dudar, su labio sincero
al pecho volvió la fé que perdí.
¿Por qué, santo Dios, hoy Tú justiciero
el fallo cruel permites así?)

Beltrán. Fuerza es separarnos. Con cuánto dolor
os doy, hijos míos, el último adiós.

Angela. ¡Cruel despedida; qué horrible dolor!
¡Oh, cuánto acongoja el último adiós!

Rob. Mi vida en peligro pondré sin temor
porque éste no sea el último adiós.

Angela. ¡Adiós, Adiós!

Beltrán. Estrechen mis brazos de nuevo los dos.
¡Adiós, hijos míos, para siempre adiós!

Angela. ¡Adiós, adiós! || Rob. ¡Adiós!

CUADRO.—Alcoba de Simón, que entra; se cierra con llave por dentro y reflexiona sobre la intranquilidad en que vive y sobre el nuevo crimen á que va dar lugar su perversidad; dice: Corta puede ser mi vida, pues ya soy viejo. Luego recuerda una declaración que escribió con firma suya, y que guarda en su pecho constantemente bajo la camisa, en la que da completos detalles del crimen del comerciante. por él cometido hace veinte años, el cual documento conserva para que al morir él sea conocido el criminal y no se culpe á otro, importándole nada la deshonra de su nombre. Acaricia la idea de salvar á Beltrán abriéndole la puerta de su prisión. Arde su imaginación por los recuerdos que la tempestad le produce y se aproxima á la ventana para recibir aire, pero un relámpago le hace cerrarla instantáneamente y cae en la cama, no pudiendo soportar su conciencia tan terribles recuerdos; el peso de tanta emoción le rinde, y duerme soñando á voces y declarando el crimen que cometió. La escena del crimen que sueña la reproduce mimicamente y con todos los detalles, cual si el espectador presenciara el crimen del padre de Angela. Pasado este primer sueño, Mateo entra y abre la puerta para salvar á Beltrán; éste se nie-

ga á salir, prefiere morir inocente antes que le supongan cobarde y delincuente por haberse fugado.

Al dejar Mateo la prisión de Beltrán, le sorprende otro sueño á Simón en que dice á voces: ¡Favor! Socorro! Mateo se esconde tras la cortina, y escucha mostrando interés por oírle cuanto diga, pues ya le tiene conocido por algunos detalles y sospecha de que es un picaro, y más porque se ha fijado en lo fanático, santo y generoso que se muestra con la curia cuando visita su hostería, así como lo de encerrarse con llave para dormir y otros ribetes que siempre dejan al descubierto las malas prendas. Simón dice: Yo no he escrito ese documento. Esa declaración que guardo yo en mi pecho no es verdad. Mateo, con afán, le registra y le saca el pliego. Se va á entregárselo al señor Juez. Simón se despierta; pero al ver sus ropas desordenadas, coge un puñal y entra en la prisión de Beltrán á reclamarle el pliego.

En esta actitud es sorprendido por el señor Juez, que llega con Mateo. Sálvase Beltrán y entra Simón en la prisión á pagar como efectivo criminal. Llegan Roberto y Angela; piden perdón á Beltrán, que los abraza.

Roberto. El sol que alumbrar debió (*Amanece.*)
vuestra espantosa agonía,
vertiendo luz y alegría
por vuestra dicha brilló.

Angela. ¡Bendita su claridad!

Beltrán. Ya en la inmensidad del alma,
como en esa inmensidad,
á reinar vuelve la cama
después de la tempestad.

TELÓN